

El irresistible corrimiento a la derecha

EXISTEN innumerables indicios de que todo el espectro ideológico se ha corrido a la derecha. Ésta ha sido una sigilosa transición político-social, de magnitud e importancia probablemente superiores a las de la tan festejada transición del franquismo a la democracia. En 1974 la izquierda conservaba señas de identidad claras tanto en las banderas como en los programas y las acciones. El PCE y el PSOE, por no citar más que a las fuerzas hegemónicas de la izquierda, fustigaban la intrínseca maldad del capitalismo y sus hidras de explotación, las empresas multinacionales, mecanismos infernales para detraer la plusvalía al trabajador, al mismo tiempo que defendían con el puño en alto el protagonismo colectivo de los procesos históricos, la igualdad social, los salarios crecientes, el empleo fijo, la cogestión o la autogestión, la tutela generalizada del Estado, el no alineamiento exterior y la fraternidad proletaria universal. Nos consta con asombro que algunos participantes en una asamblea de UGT en 1978 fueron expulsados de ella porque se declararon socialdemócratas, algo que entonces era considerado como traición a la urgencia histórica de redimirse que tenía la clase obrera. Equivalía más o menos a

declararse contrarrevolucionario y a ser candidato, por ello, a ser arrojado a las tinieblas exteriores.

Mucho ha llovido desde entonces. La llegada al poder acentuó las contradicciones entre la teoría y la praxis de izquierdas:

los socialistas y, en menor grado, los comunistas empezaron a darse cuenta de lo que costaba conservar los ideales cuando la cinta transportadora del poder, sobre la que caminaban, corría imperturbablemente en sentido contrario. La izquierda española ya se había metamorfoseado casi del todo cuando cayó el muro de Berlín en 1989. El PSOE ya no era marxista y el PCE ya se había descreído de la dictadura del proletariado. La caída del comunismo y el descubrimiento de que los logros del socialismo real sólo eran, las más de las veces, gigantescos decorados de papel fueron sólo ocasiones para reconocer lo que ya había sucedido. Llamarse hoy socialdemócrata es colocarse casi en la extrema izquierda del espectro político real; nombrar la autogestión, más que una admirada experiencia yugoslava, evoca la «autogestión de las letrinas» ridiculizada por Soljenitsyn en su Archipiélago Gulag. Las banderas tal vez conservan aún los emblemas, pero las palabras han perdido significación ni arrastran a los obreros ni atemorizan a los burgueses. Julio Anguita, secretario general de Izquierda Unida, expresaba no hace mucho con certera contundencia la magnitud del corrimiento a la derecha: en 1995, IU es la socialdemocracia y el PSOE la derecha de los años setenta.

ANTE un proceso de tal magnitud es obligado preguntarse: *¿Cuáles han sido las causas de este verdadero terremoto político? ¿Qué valores sociales ha derruido o ha creado? ¿Cómo una generación educada para enamorarse de un hemisferio y odiar al otro, o viceversa, puede ubicarse cómodamente en las nuevas coordenadas ideológicas? ¿Cómo asimilar un proceso tan rápido y profundo sin entregar al viento las razones de luchar y de vivir?*

Una cascada de causas confluyentes

NATURALMENTE un fenómeno de tanto alcance y complejidad tiene que haberse producido por la acción conjugada de muchas causas, cuyo análisis quizá permita aclarar si el proceso es irreversible o cabe rescatar de algún modo los grandes compromisos de la izquierda histórica:

1. El esquema que mejor da cuenta de la evaporación de la izquierda, que sustancialmente es heredera de **Marx**, es precisamente un esquema marxiano: la **dialéctica** entre infraestructura y superestructura. La causa primera no es un hecho, un personaje o un movimiento filosófico, sino la nueva **infraestructura** económica y social de los países desarrollados. El crecimiento de las clases medias, la elevación del nivel educativo, el acceso generalizado al confort individual, la extensión de la propiedad inmobiliaria y la adquisición de acciones de las grandes compañías por importantes segmentos de población asalariada han cambiado radicalmente los cimientos de la sociedad. En esos terrenos no crece la solidaridad, se apaga la sed de justicia y se desarrolla el más feroz individualismo. Al removerse la infraestructura, la superestructura no podía sino tambalearse. De momento, la parte más convulsionada ha sido el ala izquierda del edificio social. Por ejemplo, los sindicalistas, portaestandartes clásicos de la izquierda, son hoy al mismo tiempo patronos, banqueros, gestores de fondos de pensiones, competidores por el beneficio y la productividad como constructores, agentes de viajes, etc. En estas condiciones luchar por la igualdad se subordina a preservar la propia ciudadela, y se convierte en poco más que un gesto simbólico. **Adam Schaff**, el filósofo más representativo de la izquierda, reflexionaba ya en 1987 sobre la **amargura teórica de la izquierda** ante la desaparición del proletariado, ante el trabajo que no aliena sino enriquece y ante la creciente robotización que puede crear unos gigantescos excedentes de toda clase de bienes. Pero tampoco la derecha clásica puede sentirse segura: de momento parece que extiende alfombras en su puerta con los retazos que arranca a la izquierda, pero los niveles de cualificación

son tan superiores a las necesidades del sistema que éste está generando probablemente su propia destrucción. El presidente de Xerox Corporation ha llegado a afirmar que los altos niveles de cualificación de la sociedad estadounidense «tienen las características de un desastre natural».

2. En segundo lugar, **el mercado ha vencido al Estado**. Pasados los sarampiones de comunas y anarquismos, en los que mercado y Estado fueron efímeramente abolidos, el gran debate entre la izquierda y la derecha se podía simplificar groseramente en que la izquierda se enfundaba en el Estado para controlar las leyes salvajes del mercado, mientras la derecha defendía, como a finales del siglo XVIII, el *laissez passer, laissez faire*, es decir, la libertad de comercio, cambios y contratos. Pues bien, en esta tremenda lucha entre los dos Titanes, el mercado está venciendo claramente. Las ideologías de izquierdas se sienten perplejas ante la liberalización generalizada de todos los mercados: el de bienes y servicios, el de capitales y, lo que es más doloroso, el de trabajo. En general, los comunistas se niegan a reconocer la derrota del Estado a manos del mercado y mantienen su discurso contra viento y marea, pero el continuo retroceso en Europa y el práctico estancamiento en España ponen de manifiesto su falta de realismo. Los partidos socialistas, en cambio, reconocen ya sin ambages la autonomía de los mercados. Manuel Escudero en *El socialismo en transición* escribe: «el mercado no es un second best que deba ser aceptado por fuerza, ya que no existe nada mejor conocido. Es el mecanismo de asignación de recursos por excelencia, un mecanismo que sólo excepcionalmente, y con cautelas, puede ser sustituido». Evidentemente esta afirmación podría ser suscrita por los más recalcitrantes liberales, lo que justifica que muchos piensen que el PSOE se ha hecho de derechas.

3. No ha sido tampoco ajena al desplazamiento hacia la derecha la llamada **revolución conservadora**. Los éxitos de los gobiernos conservadores de **Margaret Thatcher** en el Reino Unido (1979-1990), de **Ronald Reagan** en Estados Unidos (1980-1988) y **Helmut Kohl** en Alemania (desde 1982 hasta hoy) fueron manifiestos en algunos campos: reactivación económica, empleo, liderazgo mundial, etc. Y, en

algunos casos, el éxito conservador estuvo ligado a la derrota de la izquierda real o formal: la prosperidad thatcheriana, al estrangulamiento de la huelga de mineros; el gran avance en las negociaciones de desarme durante la era Reagan, a la exhibición de la superioridad tecnológica y financiera norteamericana manifestada brutalmente en la «Guerra de las Galaxias». Ello generó un fenómeno de autocomplacencia en las fuerzas de la derecha, que perdieron el pudor de manifestarse abiertamente, temor en el que las había residenciado durante años la cultura de izquierdas que dominó las cátedras, las organizaciones estudiantiles y obreras, y hasta los movimientos especializados de Acción Católica. La izquierda europea tuvo que enfrentarse al dilema de aceptar parte de lo que se demostraba eficaz en la derecha y a matizar mucho más su discurso.

EL último capítulo de la ofensiva y avance de la derecha lo constituye el famoso **Contrato con América**, formulado por el líder republicano **Newt Gingrich** y que ha dado a los conservadores norteamericanos la mayoría parlamentaria, por primera vez después de varias décadas.

4. Otra causa no menos importante es la propia naturaleza del individuo y de la sociedad humana. Ya **Emile Durkheim** nos advirtió de la esencia dual del hombre: todos pertenecemos al género **homo duplex**, es decir, mitad constructores de valores y mitad destructores de los mismos, mitad solidarios y mitad rabiosamente individualistas, capaces de darlo todo por la colectividad y de morir por defender nuestra parcela exclusiva en el hormiguero humano, capaces incluso de escindimos entre nuestras convicciones y nuestros actos, de percibir lo mejor y hacer lo peor, como sabiamente descubrió san Pablo diecinueve siglos antes que el sociólogo francés. A esta naturaleza dual no escapa ni la izquierda ni la derecha. Donde llegó al poder y donde estuvo cerca de él, la izquierda fue perdiendo de modo insensible sus esencias: El proceso de perversión siguió aproximadamente estos pasos: primero aceptaron a regañadientes honores y sueldos destumbrantes; les dolía la desigualdad. Luego

empezaron a argumentar que ellos no eran los causantes de esta desigualdad y que, puesto que la injusticia era inevitable, era preferible que se beneficiaran los que nunca antes participaron de la tarta a que siguieran engordando los mismos de siempre. Después de unos cuantos meses empezaron a creer que merecían cuanto disfrutaban y que, en todo caso, al redimirse ellos, se redimía un pobre de la Tierra irredenta. Luego se sumaron al coro de los consumidores de lujos y de los que justifican el hiperconsumo para mover la producción y el empleo. Finalmente terminaron aceptando que «los vicios privados son virtudes públicas», aforismo que resume la antítesis de todas las fuentes ideológicas de la izquierda.

Siguieron hablando de esquizofrenia, de que sufrían tremendos dolores mientras se desplazaban hacia la derecha, pero pronto anestesiaron también este dolor, haciendo verdad el sabio refrán español: «quien no obra como piensa termina por pensar como obra».

Balance y perspectivas

EL proceso de derechización de la sociedad se debe interpretar como una cuenta de pérdidas y ganancias. No es legítimo definirlo desde el capitalismo como el fin de todos los males ni desde los predios de la izquierda como el gran cataclismo.

Las pérdidas son considerables. Se han empobrecido los horizontes y se ha aflojado gravemente la fe de los jóvenes en que su acción puede cambiar las estructuras. Los efectos en la acción cotidiana son preocupantes: se ha ido reduciendo gravemente la militancia organizada, se han desinflado muchos movimientos asociativos (vecinales, estudiantiles, obreros) y se están evaporando los compromisos de solidaridad. Estas asociaciones eran a la vez cauce de acción social, gimnasio de entrenamiento y escuela de formación. Al perder mística y efectivos, se ha producido un tremendo vacío en numerosas capas sociales, sobre todo de jóvenes. Muchos añoramos los fervores, alentados fundamentalmente desde la izquierda, con que se pusieron en marcha escuelas de padres, casas de la cultura, universidades populares, talleres

artesanos, tiendas de solidaridad. No todo ello está muerto, pero languidece por falta de alimento ideológico. Las motivaciones predominantes de la conducta son ahora más individualistas y las aspiraciones de la gente se refieren casi exclusivamente al bienestar material. Una encuesta de noviembre de 1995 revelaba que más del 70 por 100 de los estudiantes universitarios madrileños estudiaba una carrera exclusivamente «para tener trabajo y ganar dinero».

Lo que la sociedad ha ganado con este desandar de la izquierda es también positivo. En primer lugar, ha encadenado, al menos momentáneamente, a varios demonios: ha diluido la lucha de clases, que parecía obligarnos desde todas las instancias a odiar a media humanidad o a padecer su odio; ha terminado con la soviétización de la cultura, según la cual lo que no estaba bendecido por la **inteligentzia marxista** (fuera de Moscú, Pekín o Frankfurt) era infiltración o perversión infecciosa inoculada por quintacolumnistas del capitalismo; ha abierto un debate mundial, de enorme trascendencia para el desarrollo de la ética, sobre los efectos perversos de propósitos generosos; está despolitizando la ciencia y las instituciones científicas, y ha creado un nuevo esquema de pacífica cohabitación entre partidos opuestos, entre creyentes y agnósticos.

LOS males y los bienes causados por la crisis de la izquierda no son homólogos. Por ello no pueden ser puestos, los primeros en un platillo de la balanza y los segundos en el otro, para hacer un balance global y proclamar, según el lado al que se inclinara la balanza, que el proceso ha sido un bien o un mal. Como casi todos los grandes procesos, éste presenta resultados ambivalentes. No podemos afirmar ni que haya sido un paso hacia el progreso de la humanidad ni que haya sido un retroceso, porque seguramente ha sido ambas cosas a un tiempo. La inteligencia histórica y el sentido moral aconsejan una sensata planificación de la acción social en todos sus ámbitos (educación, familia, voluntariado, servicios cívicos, catequesis, homilías, medios de comunicación, partidos políticos) para conservar los bienes que el desplazamiento a la derecha ha producido y recuperar los que en esa tortuosa marcha se han perdido.